

LOS DOS BURRITOS

Publicado en Cuentos Rodados, Editorial Patria Grande

Érase una vez una madre - así comienza esta historia encontrada en un viejo libro de vida de monjes, y escrita en los primeros siglos de la Iglesia -. Érase una vez una madre - digo - que estaba muy apesadumbrada, porque sus dos hijos se habían desviado del camino en que ella los había educado. Mal aconsejados por sus maestros de retórica, habían abandonado la fe católica adhiriéndose a la herejía y además se estaban entregando a una vida licenciosa desbarrancándose cada día más por la pendiente del vicio. Y bien. Esta madre fue un día a desahogar su congoja con un santo ermitaño que vivía en el desierto de la Tebaida. Era este un santo monje, de los de antes, que se había ido al desierto a fin de estar en la presencia de Dios purificando su corazón con el ayuno y la oración. A Él acudían cuantos se sentían atormentados por la vida o los demonios difíciles de expulsar.

Fue así que esta madre de nuestra historia se encontró con el santo monje en su ermita y le abrió el corazón contándole toda su congoja. Su esposo había muerto cuando sus hijos eran aún pequeños y ella había tenido que dedicar toda la vida a su cuidado. Había puesto todo su empeño en recordarles permanentemente la figura del padre ausente, a fin de que los pequeños tuvieran una imagen que imitar y una motivación para seguir su ejemplo. Pero, hele aquí, que ahora, ya adolescentes, se habían dejado influir por las doctrinas de maestros que no seguían el buen camino y enseñaban a no seguirlo. Y ella sentía que todo el esfuerzo de su vida se estaba inutilizando. ¿Qué hacer? Retirar a sus hijos de la escuela, era exponerlos a que suspendidos sus estudios, terminarían por sumergirse aún más en los vicios por dedicarse al ocio y vagancia del teatro al circo.

Lo peor de la situación era que ella misma ya no sabía qué actitud tomar respecto a sus convicciones religiosas y personales. Porque si éstas no habían servido para mantener a sus propios hijos en la buena senda, quizá fueran indicio de que estaba equivocada también ella. En fin, al dolor se sumaba la duda y el desconcierto no sabiendo qué sentido podría tener ya el continuar siendo fiel al recuerdo de su esposo difunto.

Todo esto y muchas otras cosas contó la mujer al santo eremita, que la escuchó en silencio y con cariño. Cuando terminó su exposición, el monje continuó en silencio mirándola. Finalmente se levantó de su asiento y la invitó a que juntos se acercaran a la ventana. Daba esta hacia la falda de la colina donde solamente se veía un arbusto y atada a su tronco una burra con sus dos burritos mellizos.

-¿Qué ves? - le preguntó a la mujer quien respondió:

-Veo una burra atada al tronco del arbusto y a sus dos burritos que retozan a su alrededor sueltos. A veces vienen y maman un poquito y luego se alejan corriendo por detrás de la colina donde parecen perderse, para aparecer enseguida cerca de su burra madre. Y esto lo han venido haciendo desde que llegué aquí. Los miraba sin ver mientras te hablaba.

-Has visto bien - le respondió el ermitaño-. Aprende de la burra. Ella permanece atada y tranquila. Deja que sus burritos retocen y se vayan. Pero su presencia allí es un continuo punto de referencia para ellos, que permanentemente retornan a su lado. Si ella se desatara para querer seguirlos, probablemente se perderían los tres en el desierto. Tu fidelidad es el mejor método para que tus hijos puedan reencontrar el buen camino, cuando se den cuenta de que están extraviados.

Sé fiel y conservarás tu paz, aun en la soledad y el dolor. Diciendo esto la bendijo, y la mujer retornó a su casa con la paz en su corazón adolorido.

REUNIDOS EN EL DÍA DEL SEÑOR

DOMINGO DE RAMOS

Color Rojo

25 de marzo de 2018

“¡BENDITO EL QUE VIENE EN NOMBRE DEL SEÑOR!”

Hoy en la Iglesia universal se evoca un acontecimiento crucial de la vida de Jesús y que tiene repercusión para la vida de los cristianos. Lo que hoy celebramos nos es un mero rito conmemorativo, o sea, una memoria celebrada para evocar un episodio de la historia evangélica;



sino que el episodio de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén aclamado con palmas, marca en el Evangelio un momento decisivo y de gran importancia, pues Jesús es reconocido y proclamado Mesías, es aclamado como el Cristo tan esperado y tan amado. A partir de aquí la vida y la historia no tendrán sentido sin Jesús, por ello Ramos y la Pasión, que hoy escuchamos en la

liturgia, están en mutua referencia dado que él mismo que es aclamado en unos días más será rechazado y ajusticiado, pero no por sus pecados si no por los nuestros y de este modo por medio de su muerte nos da la vida, por medio de su obediencia a la voluntad del Padre nos vuelve a Él, aun cuando hemos sido desobedientes y nos otorgada el don la salvación.

Preparémonos pues para estos días santos en los cuales seremos testigos del gran amor que Dios nos tiene y al iniciar la semana mayor pidamos las gracias que necesitamos para nuestra vida, de modo tal que podamos resucitar con Cristo y ser hombres y mujeres de esperanza capaces de mostrar al mundo que Jesús está en medio nuestro y que no nos ha abandonado en nuestro peregrinar terreno.

Lunes 26	Martes 27	Miércoles 28	Jueves 29	Viernes 30	Sábado 31
Lunes Santo Jn 12,1-11	Martes Santo Jn 13,21-38	Miércoles Santo Mt 26,14-25	Cena del Señor Jn 13,1-15	Pasión del Señor Jn 18,1-19,42	Sábado Santo Mc 18,1-8

«¡VERDADERAMENTE, ESTE HOMBRE ERA HIJO DE DIOS!»

1. Lectura del libro de Isaías 50,4-7

El mismo Señor me ha dado una lengua de discípulo, para que yo sepa reconfortar al fatigado con una palabra de aliento.

Cada mañana. El despierta mi oído para que yo escuche como un discípulo.

El Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me volví atrás.

Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban y mis mejillas, a los que me arrancaban la barba; no retiré mi rostro cuando me ultrajaban y escupían.

Pero el Señor viene en mi ayuda: por eso no quedé confundido; por eso endurecí mi rostro como el pedernal, y sé muy bien que no seré defraudado.

Palabra de Dios.

2. SALMO 21,8-9.17-18a.19-20.23-24

R. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Los que me ven, se burlan de mí, hacen una mueca y mueven la cabeza, diciendo: «Confió en el Señor, que Él lo libre; que lo salve, si lo quiere tanto». **R.**

Me rodea una jauría de perros, me asalta una banda de malhechores; taladran mis manos y mis pies. Yo puedo contar todos mis huesos. **R.**

Se reparten entre sí mi ropa y sortean mi túnica. Pero Tú, Señor, no te quedes lejos; Tú que eres mi fuerza, ven pronto a socorrerme. **R.**

Yo anunciaré tu Nombre a mis hermanos, te alabaré en medio de la asamblea: «Alábenlo, los que temen al Señor; glorifíquelo, descendientes de Jacob; témanlo, descendientes de Israel». **R.**

3. Lectura de la carta del Apóstol san Pablo a los cristianos de Filipos 2,6-11

Jesucristo, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres.

Y presentándose con aspecto humano, se humilló

hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz.

Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre:

«Jesucristo es el Señor».

Palabra de Dios.

4. Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos 11,1-10

Cuando se aproximaban a Jerusalén, estando ya al pie del monte de los Olivos, cerca de Betfage y de Betania, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Vayan al pueblo que está enfrente y, al entrar, encontrarán un asno atado, que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo; y si alguien les pregunta: "¿Qué están haciendo?", respondan: "El Señor lo necesita y lo va a devolver enseguida"».

Ellos fueron y encontraron un asno atado cerca de una puerta, en la calle y lo desataron. Algunos de los que estaban allí les preguntaron: «¿Qué hacen? ¿Por qué desatan ese asno?»

Ellos respondieron como Jesús les había dicho y nadie los molestó. Entonces le llevaron el asno, pusieron sus mantos sobre Él y Jesús se montó.

Muchos extendían sus mantos sobre el camino; otros, lo cubrían con ramas que cortaban en el campo. Los que iban delante y los que seguían a Jesús, gritaban:

«¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el Reino que ya viene, el Reino de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!»

Palabra del Señor.

5. Oración de los fieles.

P: A ti Señor te presentamos nuestra oración diciendo: **Bendito el Señor.**

Por la santa Iglesia, para que se presente al mundo con la humildad que su Maestro le enseñó; **Oremos.**

Por quienes rigen los destinos del mundo, para que, alejada toda prepotencia, ejerzan sus funciones como servidores de todos; **Oremos.**

Por todos los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, para que el ejemplo de Jesús les infunda ánimo y les enseñe a aceptar con entereza sus padecimientos; **Oremos.**

Por nosotros y por nuestra comunidad, para que celebremos con profundo respeto y ardiente amor los misterios de la Pasión y Resurrección del Señor; **Oremos.**

P: En tus manos piadosas colocamos nuestras necesidades Por Jesucristo Nuestro Señor.